

Borrachera



Manifestacion contra la subida de alquileres y contra la masificación del turismo. Barcelona.

Turismofobia es una palabra repelente, que trata de convertir en enfermedad lo que es un síntoma. Es una palabra que desvía la atención para encubrir un problema. Como somos aficionados a pulsar las divisiones sociales que estimulan la ferviente creencia en las dos Españas, también cabría empezar a hablar de un país roto entre los que se lucran con el turismo y los que no lo hacen.

Mientras llega el día en que comprendamos que un país es un ente complejo que nunca saciará el gusto de todos y que la única apuesta es la corrección continua de los problemas según asoman, conviene empezar a analizar el coste del turismo, más allá de la información que celebra los millones de visitantes, las divisas que se dejan y el impacto en el bruto interior. Hasta ahora las únicas pegas eran menores, algún que otro muerto a balconazos, borrachos orinantes y una grotesca sensación de sacrificar la investigación y el desarrollo científico por la paella mal cocinada y la santificación de la tomatina. Sin embargo, el impacto sobre los alquileres en ciudades masificadas, con expulsados sin piedad, se suma al agravio de cubrir servicios comunes, desde el abastecimiento, la sanidad o la limpieza.

Se calcula que los turistas representan un millón de habitantes estables entre nuestra población diaria. Todos los negocios se exponen a un enorme desafío cuando alcanzan el éxito, porque les llega la hora de plantearse la integridad, la continuidad y la honestidad de su apuesta. Una prudente corrección de los desmanes ayuda a evitar las catástrofes que nadie quiere prevenir. No hay borrachera sin resaca.

(David Trueba, *El País*, 20 de junio de 2017)